

Las Raíces Históricas de la Renovación Socialista.

1996

Desde la reunificación del Partido, en que la vertiente renovada estuvo dispuesta a reconstruir la organización socialista con aquellos otros sectores que mantuvieron una línea política derrotada por el proceso social y político chileno, hemos presencia, cómo un grupo de compañeros se va transformando, paulatinamente en una fracción, que termina por hacerse de la mayoría del Partido y pretende, ahora, eliminar de sus filas a aquellos que contribuimos de manera decisiva a darle un importante espacio a las fuerzas de izquierda en nuestro país, a través de la Concertación y sus dos gobiernos.

Hoy, a través de algunos textos internos se pone en cuestión la viabilidad histórica de la renovación y algunos sectores identificados como escalonistas han desarrollado una ofensiva propagandística destinada a vaciar de fundamento ético, político y cultural a este importante sector del Partido.

Esos sectores políticos desconocen que la renovación del socialismo chileno nació en el seno del Partido, tanto en la resistencia en Chile como en el exilio. Como proyecto político, al interior del Partido, tomó forma cuando más de cincuenta dirigentes del más alto nivel, abandonaron distintos países del socialismo real en dirección de las democracias europeas. Influencias varias, de todas partes y a todos los exilados, pero lo que unía a estos dirigentes era un rechazo radical al socialismo real implementado en Europa Oriental y en la Unión Soviética por el Partido Comunista.

Posteriormente, el impulso renovador tomó otras formas y derroteros cuyo principal esfuerzo, como contribución política a la historia del PS, ha sido encontrar una explicación razonable a la tragedia del año 1973 y recuperar la democracia en Chile, buscando una salida posible a partir de las condiciones creadas por el régimen militar, para alargar su estadía en el poder mediante plebiscito.

Se equivocan, además, quienes piensen que el movimiento de la renovación -cuyo elemento central es la valoración de la democracia como la condición "sine qua non" para la realización de los ideales socialistas- no haya existido antes en el Partido Socialista como una poderosa corriente de opinión que dio forma a su acta de principios, cimentó la fundamentación teórica de su programa y permitió encontrar coherencia en el triunfo de la Unidad Popular en impecable competencia bajo las reglas del juego de una "democracia formal y burguesa", al decir de los sectores más revolucionarios del Partido.

De hecho, la Declaración de Principios del PS en el año 1933 es una auténtica renovación de la izquierda de aquel entonces, dando origen a un nuevo partido de izquierda: nacional, democrática y popular, frente a un PC pro-soviético, autoritario y proletario. Con lo que podemos afirmar que, desde aquel entonces, existen por lo menos dos izquierdas que aspiran a conducir el movimiento popular.

Históricamente en el socialismo chileno han habido dos opciones, entendidas como vías para alcanzar el poder: el socialismo reformista y el socialismo revolucionario. Estas se han entremezclado en el Partido de manera desigual y se corresponden con las distintas fases del desarrollo de los movimientos populares y de la izquierda en general. Es, por lo demás, ininteligible sin un fuerte componente reformista al interior del Partido, su participación en la coalición del Frente Popular, liderada por el Partido Radical, permitiendo entre otros objetivos, la defensa de la democracia, un fuerte impulso a una estrategia de desarrollo nacional y la ampliación de la participación de las organizaciones populares.

Como se sabe a finales de los 40, el abandono de los referentes comunistas -fundamentalmente la idea de la dictadura del proletariado como forma política de la sociedad socialista- se expresó incluso conceptualmente, ya que en los Fundamentos Teóricos del Socialismo del 47, redactados por Eugenio González Rojas, se alude a que la inspiración filosófica de los socialistas chilenos es el Humanismo Socialista.

Se desecha así, de manera temprana, el carácter dogmático del método marxista, refundándose la utopía socialista sobre la base del humanismo clásico, de donde proviene la fundamentación laica del socialismo y las raíces que éste encuentra en los socialismos utópicos y en el humanismo renacentista, que dan forma al ideal ciudadano moderno a partir de una concepción antropocentrista opuesta al teocentrismo medieval.

Por otra parte, al comenzar el 50, la división socialista no hacía sino expresar dos visiones que marcarían profundamente el carácter bicéfalo del Partido hasta el Congreso de La Serena. De hecho, el Partido Socialista Popular y el Partido Socialista de Chile no representaban sólo realidades electorales, sino que la dialéctica de Allende v/s Ampuero expresaba una distinta manera de concebir la construcción y potenciación del movimiento popular bajo el gobierno del General Ibañez.

De hecho, la unidad del 57 pretendió digerir lo mejor de ambas experiencias creando una especie de síntesis entre la construcción del sujeto social, inspirada en el humanismo socialista y la unidad de acción de la izquierda, sustentada en la unidad ideológica marxista, resolviéndose bajo la forma de Allende como candidato presidencial de todo el PS y sus aliados, lo que en la práctica fue la anticipación de la UP.

Con la Revolución Cubana, el Partido se presenta como un espacio para el ensayo de distintas formas de apropiación del poder, lo que trae consigo una discusión ideológica sobre el logro y la legitimación de tales objetivos, inspirados en relecturas del marxismo-leninismo. Así, la falta de una dirección coherente permitió la adopción paulatina de una estrategia revolucionaria en el PS para la toma del poder. Un conjunto de conceptos e ideas fuerzas se apoderaron lentamente del Partido a través de la teoría del foco, la opción por la vía armada, "las expropiaciones a los capitalistas", el marxismo-leninismo como

paradigma teórico y sus relecturas latinoamericanas en clave militar.

Sin embargo, el Partido como institución política actuaba en la democracia en clave reformista a través de su bancada parlamentaria, en la Presidencia del Senado, formando parte de la CUT, y con sus alcaldes y regidores, es decir, participando en la institucionalidad democrática y buscando conformar un conglomerado alternativo a la DC y a la derecha. En este contexto, la incoherencia tenía una clara expresión y representa una de las paradojas partidarias: mientras el máximo líder del socialismo era Presidente del Senado, la institución más respetada de la burguesía chilena, los revolucionarios lograban imponer sus tesis al Partido en la fatídica Conferencia de Chillán y de paso nombraban Secretario General a Aniceto Rodríguez, uno de los más destacados líderes reformistas del Partido.

Podemos ponerlo de esta manera, el acceso al gobierno con el conglomerado de la Unidad Popular ¿fue un triunfo de los revolucionarios o de los reformistas?. Lo que está claro es que el fracaso es de los revolucionarios, ya que las tesis de Abril fueron una inadecuada y trágica percepción de la realidad. La situación germina en el Congreso de La Serena cuando los comandantes de la revolución tomaron el poder absoluto del Partido y barrieron con todas las expresiones tendenciales reformistas y socialdemócratas que había alimentado la mejor historia democrática socialista.

La dirección partidaria perdió contacto con la tradición republicana y por tanto con la mediación política, optando por radicalizar al máximo el conflicto de clases y hacerlo el centro del enfrentamiento, en cuyo fin estaba el término de las instituciones democrático-burguesas. Y quizá, la responsabilidad histórica del PS como líder de la coalición gobernante esté justamente en el aplastamiento de toda oposición interna en el Congreso de La Serena, que pudiese presentar alternativas al copamiento partidario de los autollamados Elenos.

De tal manera que cinco años más tarde la ruptura interna era esperada. A grandes rasgos esta ruptura fue, al decir de muchos, un divorcio entre los pro-europeos y los pro-soviéticos en el exilio, que con más o menos fervor repetían la constante histórica entre reformistas y revolucionarios. Desde esta perspectiva histórica, el hito fundacional de la Renovación fue el llamado de Carlos Altamirano a renovar el Partido, donde lo central es la revalorización de la democracia, y a cuyo concurso concurren Aniceto Rodríguez y Raúl Ampuero, ambos ex senadores y que, juntos, conformaban el arco de los tres últimos secretarios generales del PS.

Sobre la base de este gran empuje de la más alta dirigencia histórica del socialismo es que el proceso de renovación en ciernes comienza a operar con plena legitimidad. Esta voluntad colectiva hizo posible la llamada Convergencia Socialista, que reúne a históricos, MAPU, IC, comunistas e independientes de

izquierda bajo la idea fuerza del ideal renovador. Este movimiento incorpora por primera vez a la lucha política el feminismo, la ecología, el desarrollo local, las nuevas tecnologías, el asociacionismo juvenil, los movimientos contraculturales, entre otros y desarrolla una crítica temprana a los socialismos reales, rechazando los principios de la vía armada y criticando fuertemente el paradigma marxista-leninista.

De hecho, el proceso renovador asume, desde un punto de vista conceptual, que la utopía socialista sólo es realizable en democracia y que las opciones políticas de la renovación de respeto a las reglas del juego democrático, precisaban y aún lo requieren, de la construcción de una nueva reinterpretación ideológica cuya piedra angular sea la igualdad sustantiva de los hombres y los fueros de su conciencia personal.

Todo este conjunto de reflexiones tiene un correlato en Chile, sobre todo en la forma que es asumida la lucha contra la dictadura pinochetista, a través de un primer intento serio en el rechazo a la Constitución del 80, marcando el inicio de una oposición abierta al régimen militar. Pero la unión de la DC y la Izquierda para conformar una oposición única a Pinochet tuvo una efímera vida, dado que la generación de un movimiento antipinochetista único se quiebra producto de la decisión unilateral del PC de asumir todas las formas de lucha, incluyendo la vía armada.

Así, el socialismo es tensionado desde el centro y desde la izquierda y se forman dos coaliciones que responden a estas tensiones de desacuerdo político: La Alianza Democrática (DC) y el Movimiento Democrático Popular (MDP). La primera liderada por la DC y la segunda por el PC es decir un bloque DC-PS y un bloque PS-PC. En este escenario, el PS Renovado crea el Bloque Socialista como espacio de aglutinamiento socialista y de unidad de sectores renovados de la izquierda (MAPU-IC) y anticipa la unidad de toda el sector. Y en este contexto, la AD se sostenía sobre la base de la movilización social para crear condiciones de negociación con el régimen militar y el MDP insistía en la movilización para crear condiciones de insurrección civil.

En 1986 sucedió lo inesperado: el fracasado tiranicidio de los rodriguistas apoyado por el PC. La acción demuestra no solo la incapacidad táctica de hombres y armas, sino también demuestra el fracaso de las tesis insurreccionales y la incapacidad endémica de la vía armada. Este es el período de mayor distancia entre el PS Renovado y el PS Almeyda, al ponerse en tensión la opción por métodos pacíficos y democráticos frente a ambiguas declaraciones de "movilización de masas con perspectiva insurreccional".

El año siguiente, en 1987, el panorama nacional cambió fuertemente ya que el país caminaba inexorablemente hacia el Plesbicito, contemplado en el cronograma militar. Las tareas políticas empezaron a ser más concretas como la inscripción en los Registros Electorales y la Campaña de Educación Cívica. El PS Renovado comprendió tempranamente su papel y como promotor de

estas iniciativas logró ir a la vanguardia de los desafíos que implicaban poner fin al régimen militar por la vía electoral, llegando incluso, con aliados de distintas vertientes, a formar un partido político para controlar el Plebiscito. El PS Almeyda, por su parte, tuvo una postura inicial de privilegiar la alianza con el PC, desconfiando de la posibilidad de derrotar a la dictadura en las urnas, para posteriormente incorporarse de lleno al proceso, fundamentalmente y a imitación del Bloque Socialista, formando el COSONO.

El triunfo del NO en el Plesbicito trajo como primera consecuencia la consagración de las tesis negociadoras y el abandono definitivo de las tesis rupturistas, por los más radicalizados y se logró la incorporación del conjunto del socialismo a un proceso pactado de transición hacia la democracia.

En estas condiciones, la unificación no se hizo esperar y en Diciembre de 1989, se produjo la Unidad del PS, con la Presidencia compartida entre Arrate y Núñez, quedando Almeyda como "Presidente Honorario". En concreto, había que gobernar y continuar la transición aliados en la Concertación de Partidos por la Democracia. En la realidad política partidaria quedó en posición de privilegio el PS Renovado, por su larga vinculación con la DC y el liderazgo tercerista en el PS Almeyda, por análogas razones.

Durante el Gobierno de Aylwin, el Ministro Enrique Correa, caracterizado en amplios círculos por sus desafecciones tendenciales, puso en movimiento las tesis de la negociación pactada, las que paso a paso y mediante hábiles negociaciones y compromisos fue incorporando al conjunto del PS, a las tareas de gobierno. Por su parte, las corrientes y grupos internos más refractarios a la política de consensos con la derecha, se refugiaron largo tiempo en un activismo internista desbordante que les permitió crecer al amparo del descontento de la base partidaria, con una fuerte crítica soterrada al desempeño del liderazgo socialista en el gobierno.

En el gobierno de Frei, Germán Correa, elegido Presidente del PS con los votos de la renovación y el tercerismo, aceptó el cargo de Ministro del Interior, previo acuerdo con Camilo Escalona para que éste asumiera la Presidencia del PS. Esto permitió, a su vez, que el Escalonismo -ausente de los más altos cargos del gobierno- pusiese un hombre en el gabinete. Su propósito, a partir de condiciones de gobernabilidad de la que participaron todas las corrientes y grupos, fue provocar un giro en el conjunto del Partido, cuestión que supo maniobrar con el tema de los DDHH y una crítica focalizada a distintos líderes renovados a quienes se acusó de individualistas, indisciplinados y liquidacionistas, con toda la vieja carga simbólica e ideológica con que tales denominaciones resuenan en la cultura socialista.

Finalmente, en las elecciones de Diciembre 1995, el Presidente en ejercicio, Camilo Escalona, fue elegido por amplia mayoría, triunfando sobre el candidato de la Renovación, Ricardo Nuñez.

Sin embargo, la derrota de la Renovación en las elecciones, en un contexto orgánico de reducción del tamaño del Partido, no puede ser el fin de un proyecto ni una derrota estratégica, como algunos sectores han querido presentarlo. La verdad es que el conjunto del Partido ha asumido ya en su accionar político el núcleo central de la propuesta renovada: sólo en una sociedad democrática la propuesta socialista encuentra su verdadero inspiración para la acción. Tampoco es una derrota estratégica, dado que los miles de militantes esparcidos por Chile, seguirán bregando por responder a los nuevos desafíos que se abren para el Partido y para Chile, sobretodo para recuperar decenas de comunas que dejaron de estar organizadas bajo el control orgánico del Camilismo. Reconocemos, sin embargo, una derrota táctica, que implicará revisar estilos, conductas y liderazgos, pero sin lugar a dudas significará recrear una rica tradición teórica y práctica que ha comprendido mejor que nadie los desafíos de una nueva izquierda en una sociedad en cambio global.

Aquellos que pensaban que la Renovación emigraría del PS sufrieron una nueva decepción y estamos en condiciones de responder a aquellos que insisten en una especie de campaña del terror, acusándola de derechización, neoliberalismo y liquidacionismo. Sin embargo, los exaltados de la hora actual deben recordar que el viejo juego estalinista de que quién es más de izquierda que quién, ha terminado. Claro está, siempre que se aprendan las lecciones del Congreso de La Serena y se respete a la minoría que puede y debe disponer de alternativas viables frente a eventualidades del liderazgo escalonista.

Seamos más claros aún, sostenemos que casi 30 años después de Chillán, los socialistas hemos recorrido un largo camino que nos ha llevado justo al punto que esa Conferencia quería evitar. Es decir a una falta de interpretación oficial del marxismo y a la renegación de la vía armada para obtener el poder político. Es más, las tesis de Chillán calzan perfectamente a los 90 si las ponemos bocabajo y como sigue:

1. La lucha electoral es la única vía que conduce a la toma del poder político.
2. Los distintos grados de movilización social deben subordinarse a una concepción global en la que impera la lucha electoral.
3. Las alianzas políticas sólo pueden justificarse sobre la base de ese objetivo estratégico.
4. Hay que optar por democratizar el aparato militar y burocrático del Estado autoritario.

5. La legitimación continental de la lucha electoral se ha relegitimado como resultado de la falta de apoyo norteamericano a los regímenes militares.

Este ejercicio no significa que sólo éstas proposiciones caractericen los desafíos de hoy, sino que caracterizan el simplismo e ingenuidad con que los revolucionarios del 60 percibían la realidad en aquel entonces. Si miramos en perspectiva histórica, la tradición reformista del Partido profundizó el vínculo con las instituciones de la democracia republicana y la tradición revolucionaria buscó estrategias para la toma del poder, en la perspectiva de superarla. La renovación del socialismo, cuando es auténtica, no hace sino encontrar en la tradición reformista del PS una fuente de inspiración única, pues permite dimensionar la originalidad del proceso renovador y su contacto con las constantes históricas que han impulsado al socialismo chileno.

La crisis de la tradición revolucionaria, heredera de la multiplicidad de concepciones ideológicas cuyo catalizador estratégico era la toma del poder, no termina de concluir, aunque está circunscrita a sectores de ultraizquierda, quienes remobilizan a los contingentes decepcionados por el insuficiente juego de la actual democracia representativa.

En esta perspectiva, algunos sectores que votaron por Escalona han reivindicado, mediante sus posturas izquierdistas, la tradición revolucionaria y han puesto en el centro de su rescate una admiración por los aspectos prácticos de Lenin y una vuelta al marxismo escolástico.

Nos inquieta entonces que persistan acciones destinados a un ejercicio internista ávido de mayorías absolutas en todos los planos, para lograr un control total de la orgánica partidaria, con el consiguiente propósito de hacer inviable las expresiones alternativas al interior de la misma. Por lo mismo, consideramos preocupantes posiciones que pretenden sostener un 2 a 1 en favor del Camilismo en las elecciones a concejales, otras, oficializar el marxismo escolástico y restaurar una organización de tipo leninista y en consecuencia uniformar la expresión pública de las posiciones socialistas.

Desde ya sostenemos que para ser socialista no se necesita ser marxista. Para muchos de nosotros ser socialista, significa Humanismo, compromiso social con los sectores populares y proyecto político moderno. Creemos que para tener un partido de mayorías necesitamos además un proyecto que pueda ser incluyente, factible y comprendido y asumido por el pueblo, pero sin vuelta atrás en nuestro compromiso con la democracia como medio y como fin. Y, como otra cara de la misma moneda, abogamos por condiciones políticas internas que permitan iniciar una etapa de formación y capacitación de todos los militantes, de alcance quinquenal y con objetivos evaluables anualmente.

Nosotros hemos valorado y rescatado el hecho de que la militancia ha puesto énfasis en los factores de rescate histórico y simpatía por una búsqueda de personalidad colectiva en la Izquierda de la Concertación. Sin embargo y de cara al 2000, los desafíos ideológicos -entendidos como procesos reflexivos de legitimación- son mas complejos, que envuelven y superan las meras tradiciones, como lo es, la necesidad una sólida concepción doctrinaria sobre el ideal socialista en democracia, la falta de una teoría crítica sobre la modernidad desde una perspectiva popular e incluso mas la reafirmación de un clima interno de consensos sobre las definiciones estratégicas acerca del rol del Partido para el término de la transición.

Santiago, 12 de Abril de 1996.

Firman:

Juan Recabarren
Henry Saldívar
Manuel Urrutia